

INTRODUCCIÓN

Roberto R. Aramayo

Los *Ensueños* de Rousseau: una cartografía de nuestra conciencia moral y civil¹

«Un estado donde no hay necesidad de recordar el pasado o pasar por encima del porvenir, donde el tiempo no existe y el presente dura siempre, sin ningún otro sentimiento de privación o de goce, de placer ni de pena, de deseo ni de temor; dicho estado no es otro que el de nuestra propia existencia. Mientras dura ese estado [la ensoñación] uno se basta a sí mismo, al igual que Dios.»

EL ARTE DE LA INTROSPECCIÓN

Jean-Jacques Rousseau se tomó a sí mismo como principal objeto de estudio y por eso no resulta extraño que una parte bastante significativa de su obra quedase dedicada a cultivar el género autobiográfico. En realidad su vida está enhebrada por los fracasos interiores. Le hubiera gustado ser un seductor como el aventurero veneciano Giacomo Casanova y, en cambio, sólo conoció los furores del apasionamiento erótico en su viva imaginación, a través de sus personajes literarios, lo que daría lugar a una novela sentimental que alcanzó un éxito notable: *Julia, o la nueva Eloísa (Cartas de dos amantes que vivieron en una pequeña localidad al pie de los Alpes)*. Es muy probable que hubiera disfrutado mucho ejerciendo los deberes paternos, pero sus cinco hijos fueron llevados a la inclusa, si bien escribiría un tratado pedagógico que hizo época: *Emilio, o de la educación*. Su vocación primigenia era la de ser músico y, aunque realizó alguna composición musical, como *El adivino de la aldea*,

¹ Este trabajo se adscribe a los Proyectos de Investigación *Philosophy of History and Globalisation of Knowledge. Cultural Bridges Between Europe and Latin America: WORLD-BRIDGES (F7-PEOPLE-2013-IRSES: PIRSES-GA-2013-612644)* y *Prismas filosóficos-morales de las crisis: Hacia una nueva pedagogía sociopolítica (FFI2013-42395-P)*.

se dará a conocer por unos ensayos políticos, alguno de los cuales ejerció una enorme influencia sobre los protagonistas de la Revolución Francesa: *Contrato social, o principios del derecho político* y el *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, aspecto éste que he destacado en mi reciente libro *Rousseau: Y la política hizo al hombre (tal como es)*.

Tampoco le hubiera importado cultivar la amistad y llegó a tener buenos amigos, cual sería señaladamente el caso de Diderot, pero su paranoia le hizo encerrarse cada vez más en sí mismo. Una vez más, su desgracia personal proporcionó un valioso legado para la posteridad como demuestran sus *Confesiones* y, particularmente la rapsódica continuación de las mismas que el lector tiene entre sus manos: las *Ensoñaciones de un paseante solitario*. Mientras que los doce libros de su autobiografía se hacen largos de leer y sus anécdotas no pueden competir con las *Memorias* del ya citado Casanova, los diez paseos de las *Ensoñaciones* permiten familiarizarse sin mucho esfuerzo con la vida y el pensamiento de Rousseau, ofreciendo de paso una cartografía de nuestra conciencia moral e incluso civil. Digo «nuestra» porque Rousseau ocupa un lugar muy especial en el umbral de esa época moderna donde de muy diversas maneras seguimos inmersos, por mucho que algunos se empeñaran durante un momento en darla por periclitada.

Estamos ante un autor cuya herencia se disputarán, simultáneamente, el racionalismo y los románticos, según señala ciertamente Ernst Cassirer en ese prólogo póstumo a su *Filosofía de la Ilustración* que yo mismo he editado en español bajo el título de *Filosofía y cultura en la Europa del Siglo de las Luces*. Por un lado, Immanuel Kant se proclamará, con toda razón –permítaseme el juego de palabras–, discípulo suyo y a él debemos una de las mejores sinopsis que puede hacerse del conjunto de la obra rousseauiana, al explicar muy bien a sus alumnos de antropología que tanto el buen salvaje como el estado de naturaleza sólo eran para Rousseau unas ficciones heurísticas, es decir, unas hipótesis metodológicas destinadas a orientar sus indagaciones socio-políticas.

Sin embargo, el papel que otorgó al sentimiento no tiene parangón entre los ilustrados, ni siquiera evocando al Adam Smith de la *Teoría de los sentimientos morales*.

Tal como enfatizo en mi libro *Voltaire: La ironía frente al fanatismo*, al autor del *Tratado sobre la tolerancia* le gustaba sobremanera ejercitar la dialéctica y ridiculizar las tesis de sus antagonistas. Rousseau sigue un camino distinto. Él es el maestro de las paradojas. Poco importa que fuera Diderot quien le diese la idea directriz del *Discurso sobre las ciencias y las artes*, dado que fue Rousseau quien la desarrolló para demostrar, contra el parecer hegemónico del momento, que la civilización ha causado muchos de nuestros males, pese a sostener al mismo tiempo que sólo devenimos hombres tras hacernos ciudadanos. Rousseau parte de la premisa «siento, luego existo» y esto supone un auténtico giro copernicano respecto del cartesiano «pienso, luego existo». El auténtico inicio de nuestra modernidad lo marca Rousseau, al señalar algo que ahora nos puede parecer obvio, cual es el maridaje de nuestra razón y nuestros sentimientos o emociones.

Rousseau es uno de esos pocos clásicos del pensamiento que se hallan en el trasfondo de nuestros paradigmas y arquetipos más comunes. Pensemos en el placer tranquilo de los epicúreos, la impasibilidad estoica, las reflexiones políticas de Maquiavelo, el inconsciente freudiano o la teoría marxiana de la alienación, por citar únicamente los ejemplos más señeros y evidentes. En ese restringido pináculo de nuestras deudas culturales, Rousseau ocupa un lugar destacado por muchas cosas, entre las que se cuenta, sin lugar a dudas, su extraordinaria capacidad para la introspección, para bucear en el fuero interno y saber hacer aflorar a la superficie multitud de observaciones extraordinariamente sugerentes, elevando las anécdotas a categorías.

TRADUCIR LA POÉTICA PROSA DE UN MÚSICO

Traducir cualquier escrito de Rousseau entraña una dificultad insorteable y que suele pasar inadvertida. Todo el mundo reconoce lo complicado que resulta traducir poesía, porque captar el sentido del original y encontrar al mismo tiempo una rima apropiada constituye un desafío evidente. La prosa de Rousseau tiene un ritmo musical que no se puede reflejar cabalmente en otro idioma. Quizá quien suscribe emprenda alguna vez la desafiante tarea de traducir al castellano sus *Diálogos*, ese *Rousseau, juez de Jean-Jacques* que ni siquiera se comprende bien en el original francés. Dependerá de si puedo hacer tándem con alguien, porque no creo posible hacerla en solitario. Las *Ensoñaciones*, por el contrario, cuentan con traducciones previas y ahí está sin ir más lejos la de Mauro Armiño, tan pulcra como atinada. Soy de la opinión que la mejor forma de honrar una buena traducción es brindar otra y así lo hice con Kant, llegando al extremo, junto a Salvador Mas, de enmendarnos la plana a nosotros mismos realizando una segunda versión de la tercera *Crítica* kantiana en el plazo de una década: nuestra *Crítica del discernimiento, o de la facultad de juzgar*. Podría poner como excusa para traducir las *Ensoñaciones* el hecho de que el tricentenario de Rousseau ha dado lugar a nuevas ediciones críticas muy bien anotadas, sin desdoro de la establecida por los editores de La Pléiade.

Abro aquí un breve paréntesis para invitar a preguntarnos por qué no podemos hacer nada parecido en lengua española, sumando esfuerzos entre las dos orillas que «pensamos en español». Más nos valdría tender puentes con espíritu cooperativo, en lugar de dinamitar las tímidas iniciativas que a veces se intentan por luchas cainitas y protagonismos dignos de mejor causa. Resulta bastante arduo defender las virtudes formativas de la formación humanística, cuando se repara en las trayectorias académicas de ciertos mandarines universitarios que dilapidan sus vidas en acaparar patéticamente un poder tan efímero como ridículo. Como son fácilmente identificables, sólo citaré algunas algunas excepciones a esa regla, añadiendo

entre paréntesis los significativos títulos de volúmenes que les han rendido homenaje: Emilio Lledó (*Del pensar y su memoria*), Antonio Pérez Quintana (*Mundos posibles*), Manuel Cruz (*Vivir para pensar*) o ese Javier Muguerza (*Disenso e incertidumbre*) cuyo proverbial empeño por favorecer una comunidad filosófica latinoamericana demanda continuadores. Ya ven que traducir a Rousseau deja su impronta y aquí me tienen presentando su mejor escrito autobiográfico con reflexiones emanadas de mi propia biografía. Pero cerremos el paréntesis y retomemos el hilo.

Sin dejar de ser ciertos los motivos aportados por la efemérides del tricentenario de su nacimiento celebrado en 2012, novedades que desde luego no he dejado de tener en cuenta, la principal razón de acometer este trabajo fue el inmenso placer que proporciona leer a Rousseau en una lectura tan detenida y atenta como implica llevar a cabo una traducción, algo que recomiendo vivamente a cualquiera y, sobre todo, a los que se limitan a criticar las traducciones de otros sin regalarnos los frutos de sus esfuerzos por detectar los errores ajenos, al no arriesgarse a incurrir en los propios. Anímense, por favor, no teman ser objeto de unas críticas similares a las que prodigan con tanta generosidad. El movimiento se demuestra andando y no describiéndolo.

Como decía, el tricentenario del nacimiento de Rousseau propició una interesante exposición en el Panteón de París, decenas de congresos por doquier, centenares de publicaciones en diversos idiomas y dos nuevas ediciones de sus escritos, una temática y otra cronológica. La primera constará de veinticuatro volúmenes, diecisiete de obras y siete de correspondencia, que publican conjuntamente las editoriales Slatkine-Champion y que se ve acreditada por el recientemente fallecido Raymond Trousson, junto a Frédéric S. Eigeltinger y Jean-Daniel Candaux. Por otro lado, Jacques Berchtold, François Jacob y Yannick Séité preparan para Classiques Garnier una presentación cronológica compuesta por veintidós volúmenes. Entretanto seguimos disponiendo de los magníficos cinco tomos editados en La Pléiade (1959-1995) y que tanto servicio han presta-

do para uniformar las citas de Rousseau entre los estudiosos de su pensamiento. De hecho, ésa es la paginación que incluimos aquí, en esta edición castellana, entre diples o corchetes triangulares. Y ahí están igualmente los cincuenta y dos volúmenes de la correspondencia editada por Ralph Alexander Leigh en la Voltaire Foundation (1965-1998), utilizada para mi antología de las *Cartas morales y otra correspondencia filosófica* publicada por Plaza y Valdés en la serie Clásica de su colección «Theoria cum Praxi». Dicho epistolario general comprende dos mil setecientas cartas escritas por el propio Rousseau y casi cinco mil de sus corresponsales, añadiendo cerca de mil setecientos documentos posteriores a la muerte de Rousseau (2 de julio de 1778) y que llegan hasta 1806, cerrándose con una carta del mismísimo Napoleón Bonaparte. Para conocer los avatares de las ediciones pasadas, presentes y futuras puede consultarse el libro de Philip Stewart, *Éditer Rousseau. Enjeu d'un corpus (1712-2012)*.

A VUELTAS CON LA ESPERANZA

«Heme aquí, pues, solo sobre la tierra.» Con estas palabras se inician las *Ensoñaciones* y, para Jean Geéhenno, este «pues» irrumpiría como un acorde al comienzo de una sinfonía. No nos olvidemos de que la elocuencia de Rousseau encuentra buena parte de su fuerza retórica en el extraordinario sentido musical de alguien que afirmó que la música era tan importante como el pan. ¿Pero de qué nos hablan exactamente estas páginas? Rousseau nos dice que se propone «sondear su corazón con meticulosidad», aplicando «una especie de barómetro a su alma» para advertir sus más leves modificaciones, y que se dispone a escribir esas páginas sólo para él, con la intención de que su lectura le recuerde el goce sentido al escribirlas, porque ya le resulta indiferente incluso el juicio de esa posteridad en la que sí pensaba al escribir las *Confesiones* y los *Diálogos*. En la *Historia del escrito precedente* escrita como epílogo a dichos *Diálogos*, Rousseau cuenta cómo intentó depositar sus *Diálogos* en el altar de la catedral

de Notre-Dame, siendo esto algo que no pudo hacer por encontrar cerrada la verja. En el primer paseo de sus *Ensoñaciones*, Rousseau se describe como alguien que, a pesar de ser el más afectuoso y sociable de los hombres, se ha visto condenado a la soledad por una conspiración en la que participarían amigos de antaño. Esa situación le parece un mal sueño y a veces imagina que podría despertarse aliviado, reencontrándose con sus antiguos amigos.

El tema de este primer paseo no es otro que la *esperanza*. Rousseau asegura que sólo le han dejado el camino de «someterse a su destino sin seguir forcejeando contra la necesidad». Sus detractores le habrían hecho pasar por «un monstruo» (un padre desnaturalizado que abandona a sus hijos), «un envenenador» (de sí mismo al parecer) e incluso «un asesino» (pues llegó a creerse acusado como cómplice del atentado contra Luis XV). Pero aquellos que le odian habrían cometido un error muy beneficioso para él, quien continuaría en sus manos, si le hubiesen dejado algún rayo de esperanza. Cuando todavía confiaba en poder comunicarse con una generación mejor del porvenir, se veía sometido al sobresalto de las pasiones. Abandonar definitivamente «la idea de volver a captar el favor del público, mientras viva» le proporciona una paz interior que nada ni nadie le puede arrebatar, porque, al privarle de toda esperanza, sus perseguidores han perdido cualquier dominio sobre él. Los males temidos e imaginados son mucho peores que los reales y su expectativa es cien veces peor que su presencia. Al no poder empeorar su estado, nada puede alarmarle y se halla completamente «a salvo de la inquietud de la esperanza».

Es curioso que a Voltaire le reprochara en su momento haberle arrebatado «el consuelo de la esperanza» con su *Poema sobre el desastre de Lisboa*, cuando Rousseau declaró que prefería siempre «añadir el peso de la esperanza al equilibrio de la razón». Aunque no dejan de ser dos visiones complementarias del mismo tema. Después de todo, Rousseau recrea, sin ser consciente de ello y en diferentes periodos de su vida, las dos versiones del mito de Pandora. Con arreglo a uno de los relatos, Pandora habría liberado a todos los males que

Prometeo había logrado apresar dentro de una vasija, en cuyo fondo sólo habría quedado una malsana esperanza, aquella que produce falaces e ingenuas expectativas. Según otra narración de signo muy diferente, la vasija en cuestión sería un regalo del mismo Zeus y en esa versión los males quedan trocados en unos bienes que Pandora deja escapar hacia el Olimpo merced a su insaciable curiosidad, restando en el fondo esa esperanza que, según el dicho popular, sería lo último que se pierde. En definitiva, Rousseau se refiere también a la esperanza de las dos formas en que cabe hacerlo: como un reconfortante consuelo y como una absurda inquietud.

EN LOS ALEDAÑOS DE LA MUERTE

De cierta manera el segundo paseo trata de *la muerte* o, al menos, de sus aledaños, del ocaso de la vida. Rousseau nos dice que su imaginación ya no se inflama como antaño al estar menos viva y que su alma a duras penas se abalanza fuera de su caduco envoltorio, por lo que, para contemplarse a sí mismo antes de su ocaso, ha de remontarse hasta la época en que se acostumbró a nutrir su corazón con su propia sustancia, aprendiendo así que la fuente de la auténtica felicidad se halla dentro de nosotros mismos. Sin los arrebatos o éxtasis experimentados en sus paseos, asegura que nunca habría dado con los tesoros ocultos en su interior. Rousseau albergaba el proyecto de continuar sus *Confesiones* hasta que un incidente ocurrido en uno de sus paseos por los alrededores de París le hizo cambiar de planes. El 24 de octubre de 1776, Rousseau paseaba por lugares llenos de jardines y viñedos, como aquellos de los que todavía se conserva una pequeña muestra en los alrededores de Montmartre. Durante ese paseo confiesa sentirse en el ocaso de la vida, e ir diciéndose a sí mismo entre suspiros: «Estaba hecho para vivir y muero sin haber vivido». En la cuarta de sus *Cartas morales* afirma algo parecido: «Sin saber cómo hay que vivir todos morimos *sin haber vivido*», porque Rousseau tiene la idea de que cuanto él experimenta cabe declinarlo